

**JORGE IBARGÜENGOITIA Y LA HISTORIA DE MÉXICO.  
ENTRE LA FASCINACIÓN Y LA FARSA**

*Ana Rosa Domenella\**  
Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

*Para Joy Laville*

*A pesar de las diferencias evidentes que existen entre el relato histórico  
y el de ficción, ambos poseen una estructura narrativa común.*

PAUL RICOEUR

*La historia se escribe por parte de quienes triunfan,  
los que pierden escriben novelas.*

ELIZABETTA SKLODOWSKA

*México es el único país que realmente conozco [...]  
Es mi país, me parece interesantísimo y me fascina.*

JORGE IBARGÜENGOITIA

**PALABRAS CLAVE:** IBARGÜENGOITIA, HISTORIA, NOVELA, PARODIA, HUMOR

**I**

**A** 20 años de su muerte quiero recordar el profundo vínculo que Jorge Ibargüengoitia estableció con la historia de su país y su propia existencia. En un estudio introductorio a la edición crítica de la Colección Archivos de la UNESCO, Sergio Pitol afirma que Ibargüengoitia logró lo que no se había soñado y que es convertir la novela histórica, la novela patria y las figuras solemnes de la Revolución en una farsa hilarante, en una bufonada donde los caudillos “no

---

\*ardomenella@hotmail.com

## Ana Rosa Domenella

puedan ya ser reverenciados ni detestados” porque “todo rasgo de solemnidad se ha omitido”(XVIII).

En un artículo titulado “Nuevas lecciones de historia”, Ibargüengoitia afirma que “si la Historia de México que se enseña es aburrida, no es por culpa de los acontecimientos, que son variados y muy interesantes, sino porque a los que la confeccionaron no les interesaba tanto presentar el pasado, como justificar el presente”(34). También aseguraba que podía recitar de memoria, después de 30 años, un libro de Historia Universal que leía en “ratos de ocio [...]»: «La mezcla de español e indígena produjo en México una raza nueva que se ha distinguido por sus virtudes y por el aborrecimiento que le inspira todo lo europeo»”(“La lucha” 250) y a continuación se hacía un recuento de hitos históricos desde la Independencia hasta la Revolución; épocas y héroes que han obsesionado a Ibargüengoitia en sus novelas y algunas obras de teatro como *La conspiración vendida* o *El atentado*.

En otro texto reconoce que los libros de historia han ido cambiando, porque

[...] los niños actuales [el artículo es del año 1971], en vez de tener la idea, desagradable pero estimulante, de que somos producto del choque entre dos culturas, una estratificada y la otra rapaz, aprenden en la escuela que somos los herederos de un gran imperio... o mejor dicho, de dos, porque los españoles son los villanos de la historia patria, pero al llegar al estudio de la historia universal, resultan lo mejorcito de Europa. (“Las lecciones” 20)

En efecto, la historia de México se funda en el mestizaje según la versión oficial, pero en la zona del Bajío, en particular en Guanajuato, la raíz indígena ha sido opacada por una fuerte presencia criolla, por tal razón los indios casi no aparecen en la literatura de Ibargüengoitia, del mismo modo que son inevitables en la narrativa de la chiapaneca Rosario Castellanos o se incorporan como sustrato mítico en el cosmopolita Carlos Fuentes.

Sin embargo, Ibargüengoitia recoge la leyenda, según él arraigada en Salamanca, Guanajuato —aunque en otros estados también la conocen—, de que en tiempos de la peregrinación azteca

[...] el águila se posó en un nopal que queda a medio camino entre la refinería y el basurero, y empezó a comerse una serpiente, pero que los habitantes de la región —chichimecas— la encontraron antes que nadie y la espantaron, porque sabían la suerte que les esperaba en caso de dejar establecerse en esas tierras a los peregrinos aztecas. (“Canción de gesta” 28)

Luego el escritor se imagina al águila en su camino por poblaciones del Bajío (como Yuriria, Moroleón y Huehuetoca, entre otras) donde también la ahuyentan, hasta encontrar un nopal en un lugar deshabitado en el “tular y el carrizal, adentro del agua que queda aproximadamente en donde la calle de Corregidora desemboca en el Zócalo, en donde la encontraron los aztecas antes de que nadie tuviera tiempo de espantarla”(idem). Añade que, a pesar de lo incómodo del lugar, un pantano, los antiguos mexicas fundaron una ciudad fortaleza en un islote y se dedicaron a avasallar a los vecinos, inventaron las chinampas y practicaron con éxito las artes del comercio. Junto a la mirada desacralizante está la distancia de un provinciano frente al centralismo de la siempre poderosa Tenochtitlán–Distrito Federal. Con igual ironía se refiere a la utilidad práctica de “las guerras floridas” —las mismas batallas rescatadas por Julio Cortázar en su cuento “La noche boca arriba”— con los sacrificios humanos en honor a Huitzilopochtli, y continuando con su peculiar lectura de los libros oficiales de historia, afirma que Moctezuma II, a pesar del esplendoroso despliegue de poder y riqueza “no era feliz” por la profecía de Quetzalcoatl; añade, con el mismo tono, que cuando llegaron los españoles, como de costumbre, todo se echó a perder. “Unos aztecas murieron de viruela; otros, a pedradas; otros, colgados” (“Canción de gesta” 28).

Ibargüengoitia tiene, además, varios artículos dedicados a la Colonia, donde propone divertidas situaciones sobre lo que hubiese ocurrido si los *pilgrims* hubiesen desembarcado en Veracruz en lugar de Hernán Cortés o el modo en que los ingleses llegaron a la India y pusieron una tiendita, que con el tiempo se convirtió en la Compañía de Indias y más tarde en el imperio británico, antes de que se les ocurriera enseñarles el protestantismo. Sin embargo, es la etapa de la Independencia y luego el periodo de la Revolución, los que verdaderamente le interesan. Decíamos que, por ejemplo, en los cuentos de *La ley de Herodes* el pasado indígena queda reducido al folclore (en “Falta de espíritu Scout”, con la desastrosa exhibición de “la danza de los viejitos” en el Jamboree de 1949), o al disfraz (en los retratos de Blanca en la sala de su casa, en los que luce mal, en “¿Quién se lleva a Blanca”?) (Domenella 87-144).

## II

Ibargüengoitia asegura que se crió entre mujeres que lo adoraron, ya que quedó huérfano de padre a los ocho meses y el otro hombre de su familia, su abuelo materno, Antillón, murió cuando él tenía siete años y ya vivían en la capital del país, en casa de la familia materna.

## Ana Rosa Domenella

Aunque los libros escolares sobre historia nacional (o de cualquier tipo de historia) suelen exaltar la participación masculina y los héroes, la transmisión oral es distinta cuando intervienen las narradoras familiares, que suelen ser tías, nanas o abuelas. En el caso de Ibargüengoitia no aparecen las nanas pero sí las mujeres de la familia, de las cuales recibe otras versiones de la historia patria. Su madre —que murió a los 85 años dando órdenes, como había vivido, según afirma su hijo, quien la cuidó hasta el final—, aparece en algunos de los cuentos de *La ley de Herodes* recostada en un diván leyendo a Pérez Galdós y una de sus últimas empresas como lectora —según recuerda Ibargüengoitia en “Ensayo de nota lucutosa” (295)— fueron los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*; recuerda que por entonces lo recibía comentándole lo mucho que “esa mujer” hacía sufrir a Swan o “¡Ya se murió Albertine!” Ella, Luz Antillón, fue la primera en darle clases de Historia, de modo más interesante que otra madre que oyó el autor explicándole a su hijo la historia de México

[...] basándose en una serie de estampas con retratos de hombres célebres [...] —Morelos es el del pañuelo amarrado a la cabeza, Zaragoza, el de los anteojitos, Colón es éste, que se parece a tu tía Carmela, Iturbide, el de las patillas y el cuello hasta las orejas. El cura Hidalgo es este viejito calvo. (“Sangre de héroes” 39)

En vez de valerse de la iconografía escolar, la madre de Ibargüengoitia, al igual que la abuela, podían referirse al escenario de los hechos de la Independencia por ser de Guanajuato. Recuerda Ibargüengoitia:

Mi madre me llevó a la Alhóndiga de Granaditas y me dijo:—De esos ganchos que ves allí, colgaron las cabezas de los insurgentes—. Me impresionó tanto la noticia que me quedé convencido de haber visto, no sólo los ganchos, sino también las cabezas. Al grado de que, años después que regresé a Guanajuato, me quedé asombrado de no encontrarlas. (*idem*)

Por su parte, la abuela le transmitía su árbol genealógico, que también llegaba hasta el movimiento de Independencia: “Tú te llamas Jorge Ibargüengoitia Antillón, Cuming, Castañeda —aquí seguía una lista de nombres que he olvidado, excepto los tres últimos, que eran: Aldama, Crespo y Picacho” (*idem*). Por lo tanto, unas de las cabezas que colgaron de la Alhóndiga, imaginadas por él gracias a la elocuencia de su madre, fue la de su “abuelo en cuarto grado”, mientras que entre los defensores del lugar estuvo “el penúltimo gachupín de la familia, don Pedro Ibargüengoitia” quien allí murió. Pero sus vínculos biográficos con la

Historia del país no terminan allí, pues en un artículo que se tituló en principio “Cinco de mayo” y más tarde “Mi bisabuelo contra los franceses”, rescata algunas hojas de servicio de su bisabuelo, el general Florencio Antillón, “hombre guapo como los que ya no hay” (“Mi bisabuelo” 54), amplía en otra nota, que llegó con su tropa de Guanajuato el 6 de mayo a la batalla de Puebla, ganada el día anterior a los invasores franceses. Más tarde, apunta su descendiente, con el tono disfémico que lo caracteriza, “le tocó la derrota en todo su esplendor”. Se escapó de la cárcel en Puebla y por orden del “Supremo Gobierno”, o sea el de Benito Juárez, se fue a “revolucionar” a Guanajuato, donde fue nombrado gobernador, cuando la ciudad estaba en poder de los franceses.

Estos son vínculos con la familia patricia materna, pero del lado paterno, rescata otra imagen de la madre tratando de recuperar sus tierras en el Departamento Agrario en la época cardenista. En lo que quedaba de la hacienda de San Roque, de los Ibargüengoitia, fue donde nuestro autor trabajó como agricultor antes de abandonar la ingeniería y dedicarse a estudiar Arte Dramático en la Facultad de Filosofía y Letras. El rancho San Roque, en Irapuato, está relacionado con su novela *Dos crímenes* y con uno de los apuntes que estaba preparando para regresar a la línea autobiográfica (“Los papeles”).

Como vínculo entre el dato personal y la historia enseñada en las escuelas está la reflexión sobre Benito Juárez en un artículo titulado “Natalicio del Benemérito”. Recuerda que estudió en escuelas “anticonstitucionales” (maristas) y sus maestros, que aún “no descubrían el marxismo, vivían aterrados por fantasmas que databan de la Reforma luterana y la Revolución francesa. Todo lo que se atribuye actualmente a los comunistas —escribe en 1972— se atribuía entonces a los protestantes o a los masones” (42). Y el peor enemigo era Benito Juárez, al que imaginaba como un robot del rito escocés. Entre las difamaciones está borrar del calendario escolar la fecha de su nacimiento, y festejar, en cambio, el arribo de la primavera. También, y esto nos atañe por la ubicación geográfica de nuestra universidad, con el festejo del “Fuego Nuevo” en el Cerro de la Estrella de Iztapalapa. Ibargüengoitia previene que, de seguir ese curso las celebraciones, acabarán confundiendo a Juárez con Xochipilli Macuixóchitl. Ibargüengoitia piensa que el problema fundamental de esta figura histórica es que no tuvo ni tendrá las características para ser popular: “No es guapo, ni tuvo actos famosos de pasión, ni murió luchando por sus creencias, ni conquistó nuevas tierras. Es un héroe de la resistencia... pero de los que sobrevivieron” (44). También añade un dato que llevaría la reflexión hasta la época contemporánea. Afirma que entre múltiples méritos indiscutibles, Juárez tiene otro olvidado que es el ser “el fundador de la gran burguesía

Ana Rosa Domenella

mexicana —incluyendo la revolucionaria— dentro de la cual me tocó nacer y a la cual pertenezco parcialmente” (“Natalicio” 43).

### III

Ahora pasemos de los artículos periodísticos a las novelas con tema histórico. *Los pasos de López* (1981), la última publicación antes de su muerte, aborda el tema de la lucha de Independencia y, desde la perspectiva de la escritura, constituye un regreso al género de las memorias apócrifas que iniciara con *Los relámpagos de agosto* (1964), donde predomina, al igual que en la mayoría de sus artículos, la visión irónica. En la novela sobre el Padre de la Patria, esta visión dominante sufre un segundo deslizamiento (el primero fue hacia el grotesco con *Las muertas* de 1977, acerca del caso de las Poquianchis, ), esta vez hacia el humor.

*Los pasos de López* constituye un camino diferente, dentro del contexto global de su obra, para desmitificar el discurso histórico oficial. Sus personajes, a pesar de que tienen como referente extratextual a los protagonistas de la lucha por la Independencia, no son los “próceres” de los libros de texto escolares ni los protagonistas de las exégesis historiográficas; tampoco los héroes a los que les erigen monumentos que “son piedras que cuestan una fortuna y que se olvidarían si no fuera porque estorban el tránsito” (“Programa” 25). Se trata de personajes dramática y risueñamente cotidianos, porque —según afirma Luigi Pirandello— “el humorista ve al mundo no precisamente desnudo sino en mangas de camisa”.

En “Dos aventuras de la dramaturgia subvencionada”, Ibarguengoitia relee su obra “La conspiración vendida”, que recibió el Premio Ciudad de México en 1959, en el contexto de los festejos por el Sesquiscentenario de la Independencia y para remozarla, a mediados de la década de 1970, se le ocurre sustituir a los personajes de Hidalgo y la Corregidora “por dos estatuas de *papier maché* que entren en andas y digan sus parlamentos cantados” (“Dos aventuras” 34). Esta solución se le ocurre para subsanar el problema de que el cura Hidalgo “habla poco, pero es visionario; dice por ejemplo que los que inician una revolución nunca ven el final y sugiere que va a morir fusilado”. El *papier maché* sería otro modo de desacralizar a los héroes y poner distancia de las mistificaciones patrióticas porque, según el autor, nada bueno puede esperarse de “un actor disfrazado de Hidalgo y una actriz disfrazada de la Corregidora sueltos por el escenario”.

Aunque él se defienda, en una muy citada entrevista, con el reclamo de: “¡Yo no soy un humorista!” (127-134), podemos decir que no lo es en cuanto a un deseo de hacer reír a su público, sino como resultado de un modo de mirar al mundo, que es menos crítico que el del ironista y no pretende moralizar como el

escritor de sátiras. Freud escribe, en un artículo que lleva precisamente el título de “El humor”, que éste no sólo tiene algo de liberador (como el chiste y lo cómico), sino también algo “grandioso y exaltante”, que consiste en el “triunfo del narcisismo, en la victoriosa confirmación de la invulnerabilidad del yo” (2998).

El narrador memorialista de *Los pasos de López*, Matías Chandón, no tiene una filiación histórica precisa; se trata de un joven capitán de dragones de la Nueva España que participa en el levantamiento y relata esta etapa 30 años después de los hechos, sin explicar los motivos que lo llevan a hacerlo. La conflictiva época que aborda en sus memorias no está libre de sucesos dolorosos y errores (como por ejemplo, la toma de la Requinta en Cuévano o la batalla del cerro de los Tostones); sin embargo, están narradas de tal modo que no llegan a ser determinantes y, en la mayoría de los casos, el “principio del placer” neutraliza al “principio de realidad”, por la vía liberadora del humor que siempre tiende a ahorrarnos un gasto afectivo, según el citado estudio de Freud.

En este aspecto es ejemplar el modo en que se narra la muerte del *héroe*, que coincide con el propio final, o muerte del relato: Perión, alias López, protagonista que representa a Miguel Hidalgo, acepta, después de seis meses de prisión, firmar “el acto de contrición” que le exigen para dar por concluido el juicio y otorgarle una absolución literaria, que no le interesa. Para aminorar la pérdida el pueblo inventa un mito “en el lugar en que escurrió la sangre, dice la gente, nació una planta de nopal chiquito, que da flores rojas y se llama *perióna*”. En el último párrafo el narrador vuelve a referirse a Perión y su desparpajo, además de aludir al título de la novela: “Dieciséis años pasaron antes de que alguien se diera cuenta de que, en el acto de contrición que le llevaron, Perión en vez de firma, escribió nomás ‘López’” (Ibarzüengoitia, *Los pasos* 54).<sup>1</sup>

En esta lectura psicoanalítica que propongo del pasaje, el “yo” rehúsa dejarse vencer y sufrir por los influjos de la realidad (el juicio y la sentencia a muerte); se empecina en que no pueden afectarlo los traumas del mundo exterior. Por tal razón, el personaje que encarna al Padre de la Patria pospone la decisión, juega a las cartas, toma chocolate y después firma colocando el nombre del personaje que tiene en “La precaución inútil”, comedia que representan “los conspiradores” en la tertulia de la Casa del Reloj, para disimular las actividades antivirreinales. En la obra, Carmelita (la Corregidora) hace el papel de la bella y tonta Rosina, Ontananza (Allende) el del joven galán Lindoro y Perión el de López, su criado, al decir del narrador, se trata del “personaje más interesante de la comedia; él

---

<sup>1</sup> En adelante se citará esta edición señalando dentro del texto el número de la página.

## Ana Rosa Domenella

enredaba y desenredaba la acción, resolvía todos los problemas, y al final recibía todos los castigos” (37). Esta síntesis propuesta por el narrador funciona como prolepsis de la historia y remite, extratextualmente, a la “Conspiración de Querétaro”, como la llamó Lucas Alamán. A dicha conspiración se refiere en una entrevista con René Delgado, antes de escribir la que, a causa del accidente aéreo, será su última novela. El tema le parece maravilloso y se pregunta:

¿Cómo fue todo ese lío en que se metieron? ¿En realidad escogieron las juntas de la Corregidora? [...] Esto debe haber empezado como gente que se junta entre semana [...] y de repente se ven metidos en un enredo y tienen que levantarse en armas. (“Los historiadores”)

A mi parecer el humor, en el caso de *Los pasos de López*, revitaliza el pasado nacional; el movimiento de Independencia está presentado en sus inicios, antes de las claudicaciones de ciertos grupos criollos y la figura del Padre de la Patria resulta positiva aunque se la desmitifique o se la baje del pedestal. En este sentido la gesta libertadora de comienzos del siglo XIX es vista como *propia* por el metanarrador o autor implícito que subyace tras el narrador memorialista Matías Chandón y se opone, como veremos, a la mirada irónica dominante sobre la etapa final de la lucha armada revolucionaria.

Aunque los motivos por los que predomina el humor en su última novela responden, a mi parecer, al hecho de que el autor se identifica más con esta etapa de la historia nacional que con la de la Revolución mexicana, la mirada irónica no desaparece. Matías Chandón es implacable con sus *amigos* conspiradores. Del cura Periñón recuerda “cómo trataba a la gente pobre [...] los conocía, los comprendía y los dominaba” (30). La gentil y coqueta Carmelita le muestra al joven oficial “las casas de la gente pobre” desde la mansión de La Loma (que por cierto no es de los corregidores sino que se las presta el marqués de la Hedionda): “Son muy sencillas, pero están muy arregladitas. Si usted se fija en ninguna falta una macetita de flores”. Mientras, a manera de contraste, la mirada hipercrítica del narrador describe “casas de adobe [...] humaredas [...] mujeres cargando rastrojo [y] niños jugando en el lodo”. En contrapunto la Corregidora exclama: “¡Qué dignidad hay en la pobreza!” (15).

La historia comienza con un viaje en diligencia del narrador y las prevenciones de un compañero de viaje, el licenciado Manubrio, representante del Tribunal Negro, contra los criollos que conocerá en ese territorio inventado por Ibarguen-Goitia, Plan de Abajo. Le cuenta al joven oficial que se hará cargo de un puesto en el ejército virreinal, la conspiración de Huetámara (o sea Valladolid, 1808), que

anticipa al “Grito de Ajeteo” (el de Dolores), que constituye el núcleo argumental de la novela. Las palabras del representante del gobierno español le comenta, espantado, que los inconformes pretenden proclamar la Independencia de la Nueva España, abolir los tributos reales y lo que le parece peor: incautar los bienes de los españoles para distribuirlos entre los mexicanos, “incluyendo las comunidades de los indios” (12). La víctima de la mirada irónica del metanarrador no es sólo el inquisidor sino también los criollos insurgentes que ven como *natural* la servidumbre de los indios.

En la historia extratextual, Miguel Hidalgo libera a los indígenas de la esclavitud. En la novela, Ibarguengoitia recrea el episodio ocurrido en Cuévano. Chandón describe la ciudad, en su primera visita, como “una taza de porcelana fina puesta entre las montañas agrestes” (81); es cuando Perión pide a su amigo intendente, Pablo Berreteaga (en la historia “verdadera”, Juan Antonio de Riaño), el tomo de la Enciclopedia con la C de cañones y su fabricación, aunque pretende que busca “cultivo de ciruelas”.

En contraste con la riqueza de los propietarios de Cuévano, los que habitan y trabajan en la mina “La Resaca” (la Valenciana) conforman “un pueblo triste, lleno de gente amarilla. Por el medio de la calle corría un arroyo pestilente” (82). El comentario obvio de Perión es que nadie está allí por gusto. Luego visitan la hacienda de beneficio para mostrarle al joven fuereño cómo se separa la plata de las impurezas. En un distanciamiento, no burlón sino deliberadamente antidramático (al estilo de ciertas escenas crueles de *Las muertas*), Chandón recuerda en sus memorias: “Se ponen los ingredientes molidos en el fondo de un tanque, se agrega el agua y luego se ponen a las mulas a dar vueltas para que con las patas hagan la mezcla. Perión me explicó que el cinabrio carcome los cascotes de las mulas y los pies de los arrieros” (*ibid.*). Después de la cruenta toma de Cuévano y de la Requinta, Perión reparte, generosamente, monedas ajenas entre la multitud que lo aclama y regresa al pueblo de Otates donde, en ausencia de los arrieros, libera a las mulas, explicando que las pone en libertad por haber sido maltratadas y usadas en beneficio de unos cuantos.

Jean Meyer asegura que el episodio no es creación de nuestro autor sino que se cuenta entre las familias guanajuatenses y concluye que se queda con esa imagen franciscana de un Hidalgo que libera no sólo a los indios de la esclavitud y a México del dominio español, “sino que lleva el anhelo de libertad hasta los animales” (27).

Matías Chandón, más objetivo, deja a las mulas pastando en la orilla del río en vez de presentarlas en una estampida hacia la libertad. Con la distancia de 30

## Ana Rosa Domenella

años, rescata de la memoria lo que les dice Perión a los mineros: “Con estas palabras que oyen queda abolida la esclavitud en América”. Y el narrador añade: “los indios que habían subido a la superficie cansados, embarrados, casi encuerados, recibieron la solemne declaración en silencio, porque como no eran negros, creían que no podían ser esclavos” (126-127). Dándose cuenta de su azoro, Perión les explica —en un ajuste de modernización económica— que desde ese momento bajará a la mina “el que quiera, porque le convenga el sueldo, y el que no, no”. Entonces, registra el narrador testigo, gritaron “¡Viva el cura Perión!” También Carlos Fuentes, en *La campaña*, cuenta una escena similar en el Alto Perú a cargo de un emisario de la Primera Junta de Buenos Aires, pero el tono es muy distinto. Recordemos que los curas que lucharon por la Independencia de nuestros países murieron, en general, excomulgados y ajusticiados por los jefes religiosos aliados al poder de la Corona. Porque, como aseguraba San Agustín, citado por Andrés Rivera en *La revolución es un sueño eterno*, “La misión de la Iglesia no es liberar a los esclavos, sino hacerlos buenos” (34).

## IV

Pero las mujeres de la familia no sólo le cuentan sobre sus antecedentes patricios. También le cuenta su abuela sobre la Revolución, que “era su fuerte”: “—Ojo Parado, el hermano de Madero, se hincaba y les pedía: ‘¡No me maten, no me maten!’ [como en el cuento de Rulfo]. De nada le sirvió al pobre. De todas maneras lo mataron” (“Sangre de héroes” 39). En la obra de Ibarguengoitia la imagen de una madre dando explicaciones a su hijo es recurrente —él siempre se imagina una madre explicándole a su hijo los misterios de la historia y de la vida (por algo se considera a las madres, desde una lectura psicoanalítica, no sólo como la primera seductora de nuestras vidas, sino también como la Esfinge que posee todas las respuestas). Pero estas madres paradigmáticas de nuestro autor no son demasiado sabias o sus respuestas suelen ser insuficientes para aclarar las dudas filiales: “¿Zapata era bueno, mamá? —preguntan los niños. —Sí, era bueno. Luchó contra la opresión del campesino y porque se les entregara la tierra a quienes la trabajan —explica la madre patriótica y revolucionaria” (“Sesenta... Si Villa” 52). Pero, el articulista añade que ésa es la parte más fácil de las confusas mocedades de la Revolución, y escribe:

Lo que cuesta más trabajo explicar es cómo, siendo bueno, luchó en contra de Madero, que también era bueno, y de Carranza, que también lo fue; y cómo siendo

### Jorge Ibarguengoitia y la historia...

bueno, murió a consecuencia de una intriga en la que, todo parece indicar, metió las manos don Pablo, otro buenazo que años antes había combatido al archivillano irredento de la Revolución, Victoriano Huerta. Prueba de la maldad de este último es que ni siquiera le han hecho estatua. (*idem*)

En otros artículos en que se conmemora el LX aniversario de la revolución, se refiere a la Convención de Aguascalientes, donde los delegados llegaron con todos los atributos del oficio y sus distintivos personales: “las cananas, las pistolas, los pantalones ajustados, etc.”. Allí se pone de manifiesto que estaban reunidos “demasiados jefes, había demasiadas personalidades y demasiadas opiniones” (“Sesenta... *Descripción*” 55), todos eran triunfadores contra el porfirismo y su apéndice, el huertismo. La eliminación de personajes, apunta el autor, duró unos 20 años y los modos se narran, abreviados, en el “Apéndice para los ignorantes de la Historia de México” con la que se cierra su primera novela *Los relámpagos de agosto*.

En la última entrevista que se hizo a Ángel Rama, publicada, con Jesús Díaz Caballero, Rama se refiere a la narrativa de las décadas de 1960 y 1970, después del *boom*, y menciona su interés por los escritores de la Onda (no los llama así) en México y por Fernando del Paso. Pero también le dice que hay un escritor anterior, que estima mucho y que se llama Jorge Ibarguengoitia,

[...] autor de *Los relámpagos de agosto*: una sátira absolutamente ‘descacharrante’ [*sic*] y divertida de toda la Revolución Mexicana y de todos los generales, la retórica patriótica absolutamente transformada y vista de una forma sarcástica. (327-328)

Pero veamos nuestra propia lectura. La visión que predomina en esta primera novela de Ibarguengoitia es antitremendista: el robo y la ineficiencia de las acciones de los personajes en lugar de la trágica violencia recurrente en todo el ciclo de la novela de la Revolución mexicana, con autores tales como Martín Luis Guzmán, Rafael Muñoz o Mariano Azuela, entre otros. En *Los relámpagos de agosto* se ofrece una visión distinta, atípica, del origen corrupto del Estado mexicano y de quienes detentan el poder. El “autor implícito”, especie de *alter ego* literario del autor real, en términos de Wayne C. Booth, se coloca en una posición a la vez marginal y privilegiada frente a los hechos narrados, desenmascara sin involucrarse y para lograrlo asume una actitud irónica (67-68).

Debe tenerse en cuenta que entre la época de la historia o diégesis de la novela y la escritura existe una distancia de 30 años, que permite el alejamiento crí-

## Ana Rosa Domenella

tico y una mirada desacralizadora que no podría haberse dado en las décadas de 1930 o 1940, pues aún no estaba cristalizado el proceso posrevolucionario, mientras que en la década de 1960, según Carlos Monsiváis,

[...] se vale descreer del PRI y del rebozo [porque] el control básico del país está tan garantizado que los intelectuales cuentan con un margen de disenso aprovechado en su mayor parte, no en acciones políticas, sino en el juego y el gusto de la modernidad. (202)

La vida del general surge de sus “memorias” fragmentada y es caricaturizada por la distancia crítica que se concreta en una visión disfémica; se favorecen, de este modo, las facetas más censurables del personaje: pedantería, grandilocuencia e ineficacia.

El desdoblamiento de narradores y las pistas irónicas se dan en la novela desde el título y en el comentario que éste merece en el prólogo en voz del protagonista José Guadalupe Arroyo:

Nunca me hubiera atrevido a escribir estas Memorias [...] y menos intitularlas *Los relámpagos de agosto* (título que me parece verdaderamente soez). El único responsable del libro y del título es Jorge Ibarguengoitia, un individuo que se dice escritor mexicano. (Ibarguengoitia, *Los relámpagos* 55)<sup>2</sup>

Aquí se plantea un acertijo para el lector virtual, que es a la vez un “guiño” o una pista irónica. ¿Por qué se clasifica de “soez” un título cuyo sentido inmediato es su carácter efímero? —como lo fue la rebelión que narra—. Lo oculto tras la disculpa es un dicho popular fragmentado. En el ámbito rural guanajuatense se dice: “viene como los relámpagos de agosto, pendejeando por el sur”, lo que responde a un hecho meteorológico, porque las lluvias en esa región llegan por el norte, y por lo tanto es inútil que relampaguee por el sur.<sup>3</sup>

Al general Arroyo el título le parece “soez” porque su forma de escribir es “formal” y “pudorosa”,<sup>4</sup> en oposición al segundo narrador, Jorge Ibarguengoitia,

---

<sup>2</sup> En adelante las citas textuales serán señaladas sólo con el número de página correspondiente a esta edición.

<sup>3</sup> Este dato me fue proporcionado por el propio Ibarguengoitia en entrevista personal en 1979.

<sup>4</sup> “Me parece un rasgo muy simpático del general que en lugar de decir como se dice vulgarmente, ‘me mandó a la mierda’, diga ‘a las heces fecales’. Pienso que el general no escribe como un escritor [...] no puedo decirlo porque es demasiado fuerte [...] el señor, evidentemente, en un mal escritor”, declaraciones de Jorge Ibarguengoitia a Margarita García Flores (*Cartas*, 1979, 193).

quien se toma libertades burlonas con el lenguaje, mientras que el protagonista no advierte que el título “los relámpagos de agosto” lo retrata a él y a sus acciones inútiles o jocosas. Queda implícito, además, que el general conoce el dicho popular (el hecho es congruente con su provincianismo) y por eso le parece inadecuado para intitular sus memorias, pero como adjudica la autoría a otro, sólo deja constancia de su reprobación calificándolo de “soez”. Además, al tomarse a sí mismo y a su biografía en serio, no tiene la distancia crítica necesaria como para comprender la burla implícita. En cambio, el segundo narrador —dueño del discurso histórico— sabe que los que detentaron el poder en la Revolución mexicana llegaron por el norte —principalmente de Sonora—, como las lluvias, y los perdedores por el sur —particularmente de Morelos.

En términos extratextuales e históricos, la rebelión escobarista se inició en México el 3 de marzo de 1929 y quedó definitivamente derrotada a finales de abril del mismo año, pero en la novela se desplazan los meses que abarca el movimiento para adecuarlo al título escogido. El general inicia el relato de su vida a la edad de 38 años, en julio de 1928 —cuando recibe el nombramiento de Secretario Particular de la Presidencia— y lo finaliza con la aprehensión y el juicio al que lo someten antes del destierro. Estos hechos, aunque no quedan explicitados cronológicamente en las “Memorias”, pueden fecharse el 31 de agosto de 1929 —contando los días transcurridos entre el juicio y la última fecha apuntada en las memorias: “25 de agosto a las doce del día” (127)—. El narrador protagonista escribe desde un presente en que ha abandonado la carrera militar para dedicarse “a la familia”, “al comercio” y a escribir. Un presente ubicado tras ocho años de un aburridísimo exilio en los Estados Unidos, o sea, a finales de la década de 1930 o comienzos de la de 1940, aunque el epílogo no esté fechado.

## V

Para finalizar, recordemos que el presente desde donde Jorge Ibarguengoitia escribió la mayoría de sus artículos fue la década de 1970 y, en esta fecha cercana a un nuevo aniversario de la Revolución —noviembre de 2003—, quiero citar lo que escribió para la conmemoración de “los sesenta años de gloria”, aún a cargo de sus herederos priístas:

Los cumpleaños tienen dos defectos: son inevitables y acumulativos y además, van deformando la personalidad del que los festeja [...] Lo mismo pasa con las revoluciones. Se hacen viejas y llega un momento en que cuesta mucho trabajo recordar lo que fueron en sus mocedades. A la nuestra, por ejemplo, le pasa lo

## Ana Rosa Domenella

mismo que a todas las mujeres de sesenta años. Ha adquirido una respetabilidad que nunca hubiera pretendido tener en su juventud. (“Sesenta... *Si Villa*” 51)

Cuando lo entrevisté por última vez en su casa de Coyoacán, en 1979, estaban empacando para irse a vivir a Europa y ya habían vendido la casa de sus cuentos coyoacanenses. Me comentó que su mujer, Joy Laville, estaba algo preocupada que a los 50 años fueran a iniciar una nueva etapa de vida en un nuevo país (y continente). Él, sin embargo, parecía contento y optimista ante la posibilidad del cambio. En relación con un viaje anterior a Europa —ya que viajaba con frecuencia—, escribió en octubre de 1974, decide hacer un examen de conciencia sobre su patria “primera, única y final” cuyo nombre anda en boca de tanta gente demagógica. Y concluye: “La verdad es que mientras más enojado estoy con este país y más lejos viajo, más mexicano me siento” (“Lista” 59).

## Obras citadas

- Booth, Wayne C. *The Rhetoric of Fiction*. Chicago: The University of Chicago Press, 1961.
- Domenella, Ana Rosa. *Jorge Ibarguengoitia: la transgresión por la ironía*. México: División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM–Iztapalapa, 1989.
- Freud, Sigmund. *Obras Completas*. T. III. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Ibarguengoitia, Jorge. “Programa de festejos. *Aniversarios cívicos*.” *Instrucciones*. 25-27.
- \_\_\_\_\_. “Canción de gesta. *Así fueron nuestros antepasados*.” *Instrucciones*. 28-30.
- \_\_\_\_\_. *Cartas marcadas*. México: Difusión Cultural–UNAM, 1979.
- \_\_\_\_\_. “Cinco de mayo.” *Revista de la Universidad*. 25 (1962).
- \_\_\_\_\_. “Sesenta años de gloria. *Descripción de un combate*.” *Instrucciones*. 54-56.
- \_\_\_\_\_. “Natalicio del Benemérito. *Difamaciones, viejas y nuevas*.” *Instrucciones*. 42-44.
- \_\_\_\_\_. “Dos aventuras de la dramaturgia subvencionada.” *Vuelta*. 27 (1979): 55-61.
- \_\_\_\_\_. “Sangre de héroes. *El grito, irreconocible*.” *Instrucciones*. 39-41.
- \_\_\_\_\_. “Ensayo de nota luctuosa. *No manden flores*.” *Instrucciones*. 294-295.

- \_\_\_\_\_. “Lista de composturas. *Examen de conciencia patriótica.*” *Instrucciones*. 59-61.
- \_\_\_\_\_. “Las lecciones de la historia patria. *Monsieur Ripois y La Malinche.*” *Instrucciones*. 19-21.
- \_\_\_\_\_. “La lucha por aprender. *Lo mucho que no supimos.*” *Instrucciones*. 250-252.
- \_\_\_\_\_. Entrevista con René Delgado. “Los historiadores echan a perder la historia.” *Proceso* diciembre 1977. 52-53.
- \_\_\_\_\_. “Los papeles de Amaral.” *Letras Libres*. 59 (2003):30-34.
- \_\_\_\_\_. *Los pasos de López*. México: Joaquín Mortiz, 1981.
- \_\_\_\_\_. *Los relámpagos de agosto*. México: Joaquín Mortiz, 1965.
- \_\_\_\_\_. “Mi bisabuelo contra los franceses.” *Vuelta*. 100 (1985): 54.
- \_\_\_\_\_. *Instrucciones para vivir en México*. Sel. y pról. de Guillermo Sheridan. México: Joaquín Mortiz, 1990.
- \_\_\_\_\_. “Nuevas lecciones de historia. *Revitalización de los héroes.*” *Instrucciones*. 34-35.
- \_\_\_\_\_. “Sesenta años de gloria. *Si Villa hubiera ganado...*” *Instrucciones*. 51-53.
- \_\_\_\_\_. “¡Yo no soy un humorista!” *Cartas marcadas*. México: Joaquín Mortiz, 1967.
- Meyer, Jean. Entrevista con Patricia Vega. *La Jornada*. 15 de septiembre de 1996, sección Cultura. 27+.
- Monsiváis, Carlos. “Notas sobre la cultura mexicana en la década de los sesenta.” *Cultura y dependencia*. México: Bellas Artes, 1976.
- Pitol, Sergio. “Introducción.” Jorge Ibarguengoitia. *El atentado/Los relámpagos de agosto*. Colección Archivos 53. México: ALLCA XX, 2002.
- Rama, Ángel. “Ángel Rama o la crítica de la transculturación (Última entrevista).” *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Ed. Mabel Moraña. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Universidad de Pittsburg, 1997.
- Rivera, Andrés. *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: Alfaguara, 1994.

D. R. © Ana Rosa Domenella, México, D. F., enero–junio, 2005.

RECEPCIÓN: Mayo de 2004

ACEPTACIÓN: Septiembre de 2004